

# Mario Vargas Llosa

CUENTOS



# *Mario Vargas Llosa*

CUENTOS





La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Mario Vargas Llosa, 1959

© de las notas a pie de página, Ángel Esteban

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Núria Just

Primera edición en Austral: mayo de 2025

Depósito legal: B. 7.198-2025

ISBN: 978-84-670-7728-5

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

## Índice

Los jefes .....	7
El desafío .....	35
El hermano menor .....	55
Día domingo.....	73
Un visitante.....	101
El abuelo.....	113

## Los jefes

### I

Javier se adelantó por un segundo:

—¡Pito! —gritó, ya de pie.

La tensión se quebró, violentamente, como una explosión. Todos estábamos parados:<sup>1</sup> el doctor Abásalo tenía la boca abierta. Enrojecía, apretando los puños. Cuando, recobrándose, levantaba una mano y parecía a punto de lanzar un sermón, el pito sonó de verdad. Salimos corriendo con estrépito, enloquecidos, azuzados por el graznido de cuervo de Amaya, que avanzaba volteando carpetas.

El patio estaba sacudido por los gritos. Los de cuarto y tercero habían salido antes, formaban un gran círculo que se mecía bajo el polvo. Casi con nosotros, entraron los de primero y segundo; traían

1. *Parado*: de pie, y no quieto (americanismo).

nuevas frases agresivas, más odio. El círculo creció. La indignación era unánime en la media. (La primaria tenía un patio pequeño, de mosaicos azules, en el ala opuesta del colegio.)

—Quiere fregarnos, el serrano.<sup>2</sup>

—Sí. Maldito sea.

Nadie hablaba de los exámenes finales. El fulgor de las pupilas, las vociferaciones, el escándalo indicaban que había llegado el momento de enfrentar al director. De pronto, dejé de hacer esfuerzos por contenerme y comencé a recorrer febrilmente los grupos: «¿Nos friega y nos callamos?». «Hay que hacer algo.» «Hay que hacer algo.»

Una mano férrea me extrajo del centro del círculo.

—Tú no —dijo Javier—. No te metas. Te expulsan. Ya lo sabes.

—Ahora no me importa. Me las va a pagar todas. Es mi oportunidad, ¿ves? Hagamos que formen.

En voz baja fuimos repitiendo por el patio, de oído en oído: «Formen filas», «a formar, rápido».

—¡Formemos las filas! —el vozarrón de Raygada vibró en el aire sofocante de la mañana.

Muchos, a la vez, corearon:

2. En muchas ocasiones se nombra a las personas por su lugar de procedencia, pero no con un toponímico, sino con una connotación étnica. El racismo es algo muy arraigado en la estructuración social peruana. Cuanto más oscuro es el color de la piel de una persona menos categoría social se le concede. En las obras de Vargas Llosa hay una gran preocupación por este fenómeno de segregación (Brown, 1982, págs. 15-24).

—¡A formar! ¡A formar!

Los inspectores Gallardo y Romero vieron entonces, sorprendidos, que de pronto decaía el bulli-  
cio y se organizaban las filas antes de concluir el re-  
creo. Estaban apoyados en la pared, junto a la sala  
de profesores, frente a nosotros, y nos miraban ner-  
viosamente. Luego se miraron entre ellos. En la puer-  
ta habían aparecido algunos profesores; también esta-  
ban extrañados.

El inspector Gallardo se aproximó:

—¡Oigan! —gritó, desconcertado—. Todavía no...

—Calla —repuso alguien, desde atrás—. ¡Calla,  
Gallardo, maricón!

Gallardo se puso pálido. A grandes pasos, con  
gesto amenazador, invadió las filas. A su espalda,  
varios gritaban: «¡Gallardo, maricón!».

—Marchemos —dije—. Demos vueltas al patio.  
Primero los de quinto.

Comenzamos a marchar. Taconeábamos con fuer-  
za, hasta dolernos los pies. A la segunda vuelta —for-  
mábamos un rectángulo perfecto, ajustado a las  
dimensiones del patio— Javier, Raygada, León y yo  
principiamos:

—Ho-ra-rio; ho-ra-rio; ho-ra-rio...

El coro se hizo general.

—¡Más fuerte! —prorrumpió la voz de alguien  
que yo odiaba: Lu—. ¡Griten!

De inmediato, el vocerío aumentó hasta ensor-  
decer.

—Ho-ra-rio; ho-ra-rio; ho-ra-rio...

Los profesores, cautamente, habían desapareci-  
do cerrando tras ellos la puerta de la sala de estudios.

Al pasar los de quinto junto al rincón donde Teobaldo vendía fruta sobre un madero, dijo algo que no oímos. Movía las manos, como alentándonos. «Puerco», pensé.

Los gritos arreciaban. Pero ni el compás de la marcha, ni el estímulo de los chillidos, bastaban para disimular que estábamos asustados. Aquella espera era angustiada. ¿Por qué tardaba en salir? Aparentando valor aún, repetíamos la frase, mas habían comenzado a mirarse unos a otros y se escuchaban, de cuando en cuando, agudas risitas forzadas. «No debo pensar en nada», me decía. «Ahora no.» Ya me costaba trabajo gritar: estaba ronco y me ardía la garganta. De pronto, casi sin saberlo, miraba el cielo: perseguía a un gallinazo<sup>3</sup> que planeaba suavemente sobre el colegio, bajo una bóveda azul, límpida y profunda, alumbrada por un disco amarillo en un costado, como un lunar. Bajé la cabeza, rápidamente.

Pequeño, amoratado, Ferrufino había aparecido al final del pasillo que desembocaba en el patio de recreo. Los pasitos breves y chuecos,<sup>4</sup> como de pato,

3. *Gallinazo*: se llama así al zopilote en Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia. Ave rapaz diurna que se alimenta de carroña, de 60 centímetros de longitud y 145 centímetros de envergadura, de plumaje negro irisado, cabeza y cuello desprovistos de plumas, de color gris pizarra, cola corta y redondeada y patas grises.

4. *Chueco*: estevado, que tiene las piernas arqueadas a semejanza de la esteva, de tal modo que, con los pies juntos, quedan separadas las rodillas (americanismo). En Cuba y México, torcido.

que lo acercaban, interrumpían abusivamente el silencio que había reinado de improviso, sorprendiéndome. (La puerta de la sala de profesores se abre; asoma un rostro diminuto, cómico. Estrada quiere espiarnos: ve al director a unos pasos; velozmente, se hunde; su mano infantil cierra la puerta.) Ferrufino estaba frente a nosotros: recorría desorbitado los grupos de estudiantes enmudecidos. Se habían deshecho las filas; algunos corrieron a los baños, otros rodeaban desesperadamente la cantina de Teobaldo. Javier, Raygada, León y yo quedamos inmóviles.

—No tengan miedo —dije, pero nadie me oyó porque simultáneamente había dicho el director:

—Toque el pito, Gallardo.

De nuevo se organizaron las hileras, esta vez con lentitud. El calor no era todavía excesivo, pero ya padecíamos cierto sopor, una especie de aburrimiento. «Se cansaron —murmuró Javier—. Malo.» Y advirtió, furioso:

—¡Cuidado con hablar!

Otros propagaron el aviso.

—No —dije—. Espera. Se pondrán como fieras apenas hable Ferrufino.

Pasaron algunos segundos de silencio, de sospechosa gravedad, antes de que fuéramos levantando la vista, uno por uno, hacia aquel hombrecito vestido de gris. Estaba con las manos enlazadas sobre el vientre, los pies juntos, quieto.

—No quiero saber quién inició este tumulto —recitaba. Un actor: el tono de su voz, pausado, suave, las palabras casi cordiales, su postura de estatua, eran cuidadosamente afectadas. ¿Habría estado ensayán-

dose solo, en su despacho?—. Actos como éste son una vergüenza para ustedes, para el colegio y para mí. He tenido mucha paciencia, demasiada, óiganlo bien, con el promotor de estos desórdenes, pero ha llegado al límite...

¿Yo o Lu? Una interminable lengua de fuego lamía mi espalda, mi cuello, mis mejillas a medida que los ojos de toda la media iban girando hasta encontrarme. ¿Me miraba Lu? ¿Tenía envidia? ¿Me miraban los coyotes?<sup>5</sup> Desde atrás, alguien palmeó mi brazo dos veces, alentándome. El director habló largamente sobre Dios, la disciplina y los valores supremos del espíritu. Dijo que las puertas de la dirección estaban siempre abiertas, que los valientes de verdad debían dar la cara.

—Dar la cara —repitió; ahora era autoritario—, es decir, hablar de frente, hablarme a mí.

—¡No seas imbécil! —dije, rápido—. ¡No seas imbécil!

Pero Raygada ya había levantado su mano al mismo tiempo que daba un paso a la izquierda, abandonando la formación. Una sonrisa complaciente cruzó la boca de Ferrufino y desapareció de inmediato.

—Escucho, Raygada... —dijo.

A medida que éste hablaba, sus palabras le inyectaban valor. Llegó incluso, en un momento, a agitar

5. Otro de los nombres con los que es corriente denominar a los grupos, como parte de las señas de identidad de las colectividades. Nótese cómo el campo semántico es similar al de otros conjuntos vargasllosianos, como los «cachorros», los «perros», etc.

sus brazos, dramáticamente. Afirmó que no éramos malos y que amábamos el colegio y a nuestros maestros; recordó que la juventud era impulsiva. En nombre de todos, pidió disculpas. Luego tartamudeó, pero siguió adelante:

—Nosotros le pedimos, señor director, que ponga horarios de exámenes como en años anteriores... —se calló, asustado.

—Anote, Gallardo —dijo Ferrufino—. El alumno Raygada vendrá a estudiar la próxima semana, todos los días, hasta las nueve de la noche. —Hizo una pausa—. El motivo figurará en la libreta: por rebelarse contra una disposición pedagógica.

—Señor director... —Raygada estaba lívido.

—Me parece justo —susurró Javier—. Por bruto.

## II

Un rayo de sol atravesaba el sucio tragaluz y venía a acariciar mi frente y mis ojos, me invadía de paz. Sin embargo, mi corazón estaba algo agitado y a ratos sentía ahogos. Faltaba media hora para la salida; la impaciencia de los muchachos había decaído un poco. ¿Responderían, después de todo?

—Síntese, Montes —dijo el profesor Zambrano—. Es usted un asno.

—Nadie lo duda —afirmó Javier, a mi costo—. Es un asno.

¿Habría llegado la consigna a todos los años? No quería martirizar de nuevo mi cerebro con suposiciones pesimistas, pero a cada momento veía a Lu, a

pocos metros de mi carpeta, y sentía desasosiego y duda, porque sabía que en el fondo iba a decidirse, no el horario de exámenes, ni siquiera una cuestión de honor, sino una venganza personal. ¿Cómo descuidar esta ocasión feliz para atacar al enemigo que había bajado la guardia?

—Toma —dijo a mi lado, alguien—. Es de Lu. «Acepto tomar el mando, contigo y Raygada.» Lu había firmado dos veces. Entre sus nombres, como un pequeño borrón, aparecía con la tinta brillante aún, un signo que todos respetábamos: la letra C, en mayúscula, encerrada en un círculo negro. Lo miré: su frente y su boca eran estrechas; tenía los ojos rasgados, la piel hundida en las mejillas y la mandíbula pronunciada y firme. Me observaba seriamente; acaso pensaba que la situación le exigía ser cordial.

En el mismo papel respondí: «Con Javier». Leyó sin inmutarse y movió la cabeza afirmativamente.

—Javier —dije.

—Ya sé —respondió—. Está bien. Le haremos pasar un mal rato.

¿Al director o a Lu? Iba a preguntárselo, pero me distrajo el silbato que anunciaba la salida. Simultáneamente se elevó el griterío sobre nuestras cabezas, mezclado con el ruido de las carpetas removidas. Alguien —¿Córdoba, quizá?— silbaba con fuerza, como queriendo destacar.

¿Ya saben? —dijo Raygada, en la fila—. Al Malcón.

—¡Qué vivo! —exclamó uno—. Está enterado hasta Ferrufino.